

<https://doi.org/10.23913/ricsh.v11i22.297>

Artículos científicos

Memoria e identidad: una experiencia autobiográfica

Memory and Identity: An Autobiographical Experience

Memória e identidade: uma experiência autobiográfica

Guillermo Carrera García

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

guillermo.carrera@correo.buap.mx

<https://orcid.org/0000-0003-4099-9704>

Anayetzy Yuriria Marín Espinoza

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México

yuriria.marin@correo.buap.mx

<https://orcid.org/0000-0002-2462-8332>

Resumen

En este trabajo se presenta un acercamiento a la obra de Sergio Pitol, en particular un libro que reúne tres libros: *Trilogía de la memoria*. Lo que se pretende es realizar reflexiones en relación con la memoria y la identidad desde la experiencia de lo autobiográfico. La obra de Pitol puede ser vista desde distintas disciplinas que le dan validez a una escritura posmoderna, intertextual y que tiene un mecanismo de construcción más cercano a lo aparentemente autobiográfico.

Palabras clave: autobiografía, identidad, literatura, memoria.



Abstract

This work presents an approach to the work of Sergio Pitol, in particular the book that brings together three books by the same author *Trilogy of Memory*. What is intended is to make reflections in relation to memory and identity from the experience of the autobiographical. Pitol's work can be seen from different disciplines that give validity to a postmodern, intertextual writing that has a construction mechanism closer to the apparently autobiographical.

Keywords: autobiography, identity, literature, memory.

Resumo

Este artigo apresenta uma abordagem da obra de Sergio Pitol, em especial de um livro que reúne três livros: Trilogia da memória. O que se pretende é fazer reflexões em relação à memória e identidade a partir da experiência do autobiográfico. A obra de Pitol pode ser vista a partir de diferentes disciplinas que validam uma escrita pós-moderna, intertextual e que possui um mecanismo de construção mais próximo do aparentemente autobiográfico.

Palavras-chave: autobiografia, identidade, literatura, memória.

Fecha Recepción: Diciembre 2021

Fecha Aceptación: Julio 2022

Introducción

La memoria puede rehacer y reconstruir un acontecimiento pasado, pero no como realmente fue: se convierte en una simulación de sentido, ya que tiene una forma analógica de lo vivido. Esa recreación no es un instrumento de reproducción del yo, sino de construcción de identidad del yo. En la autobiografía existe una sustitución de lo vivido por la analogía que crea la memoria.

Según Halbwachs y Blondel (citados en Mendoza, 2004), la memoria colectiva es un proceso social de reconstrucción de un pasado vivido. En la memoria se contiene lo que vale la pena guardar. En la noción de Bartlett (1932, citado en Mendoza, 2004), los “esquemas de memoria” se encuentran bajo el control de una actitud afectiva. Cuando intentamos recordar algo lo primero que llega no es el recuerdo como tal, sino un afecto o una actitud cargada, y una manera de percibirlo es mediante una narración. La memoria, en la autobiografía,



enmarca la experiencia de lo narrado y, por tanto, las vivencias se ordenan desde un nuevo punto de vista que tiene como fundamento la interpretación. Así, al narrarse desde la memoria, son obvias las alteraciones pues lo vivido nunca se recaptura en su totalidad.

Método

Haremos un recorrido por ciertas nociones de *memoria*, *identidad* y *autobiografía*. Todos estos conceptos sustentados en la noción de *narración*, pues es a partir de la construcción de lo narrado que se fundamenta la vivencialidad. Halbwachs y su teoría de la memoria colectiva nos dará los fundamentos para dirimir lo anterior. Sobre todo trataremos de distinguir dos propuestas de lo autobiográfico como una manera de narrar.

Más específicamente, centraremos la atención en la obra de Sergio Pitol y la compararemos con otros escritores que, de algún modo, tienen formas similares de comprender la creación literaria, basados en la búsqueda de la identidad y que, a su vez, de forma contradictoria, buscan “desaparecer” como sujetos y ser un personaje. Al final este trabajo tiene fuentes documentales para acercarnos a esas nociones complejas, abstractas de las que hablamos más arriba.

Discusión

Algunos aspectos sobre la memoria

Cuando hablamos de memoria nos referimos a un fenómeno en el cual todos como seres humanos nos vemos involucrados. La memoria es recordar los acontecimientos que vivimos en el pasado y traerlos al presente. Sin embargo, hablar de memoria es discutir un concepto complejo. Estudiar la memoria es adentrarse a un campo del conocimiento donde se requiere indagar sobre qué es, cómo se construye y sobre todo cómo logra la trascendencia. Desde un nivel *micro*, implica tomar en cuenta las experiencias vividas por las personas desde lo individual; desde uno *macro*, todas aquellas experiencias que tienen en conjunto grupos sociales y que resultan ser relevantes para estos tanto así que perduran en el tiempo. A estos hechos relevantes para un grupo social en particular es a lo que se le conoce como *memoria colectiva*.



El principal referente que se tiene en cuanto al campo de la memoria colectiva como campo de estudio es a Halbwachs (1968, citado en Méndez, 2008), quien despoja a la memoria de su carácter individual para plantear la idea de que todo recuerdo es de carácter social y por ende colectivo:

Cualquier recuerdo, aunque sea muy personal, existe en relación con un conjunto de nociones que nos dominan más que otras, con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas, es decir con la vida material y moral de las sociedades que hemos formado parte (Méndez, 2008, p. 126).

Por otro lado, hablar de memoria implica hablar de acontecimientos que tienen un lugar y un tiempo determinados. Este es otro de los puntos fundamentales a tomar en cuenta, pues si se piensa en un estudio que ponga a la memoria como punto de partida se debe tomar en cuenta cómo estas memorias son adquiridas. Halbwachs divide estas fuentes en dos ramas: *los recuerdos vividos* y *los recuerdos históricos*. Los vividos son aquellos recuerdos cuya fuente es la experiencia personal del sujeto sobre un determinado acontecimiento y los históricos son conocimientos indirectos de un hecho o momento histórico que se obtienen por una fuente externa a la experiencia propia (Muller y Bermejo, 2013, p. 250).

Resulta interesante poner especial atención al tema de las fuentes de la memoria colectiva y cómo es transmitida a los demás. Lo anterior lo comentamos debido a que esa memoria colectiva está relacionada directamente con la identidad, ya que esta recrea una forma autobiográfica. ¿Las instituciones con poder moldean ciertos hechos para ser recordados de alguna manera en específico? ¿Se recrea la identidad, se crean memorias? ¿Realmente nuestros recuerdos son nuestros? ¿Recordar es recrear una autobiografía?

Los medios por los cuales nos apropiamos de la memoria y la adaptamos juegan un papel importante. La llegada de Internet fue, y sigue siendo, revolucionaria y diferencial a la hora de comprender el mundo y cómo está constituido. Lo anterior debido a que ya no son las empresas tradicionales de comunicación (televisión, radio, prensa escrita, entre otros) las que se encargan de configurar esa memoria; reiteramos que el Internet y las redes sociales han contribuido a que los miembros de una comunidad logren relatar su propia biografía.

En la sociedad actual, las redes sociales han jugado un papel importante dentro de la llamada *desinformación* debido a que cualquiera puede publicar cualquier asunto. Y más aún,



estas publicaciones generan formas de comportamiento. Estas, a su vez, crean la ilusión de una forma vivencial que suele confundirse con la vida misma.

Si bien los hechos no cambian, pues es algo que ya sucedió y el pasado es inamovible, lo que sí cambia es la manera en la que cada miembro de un grupo social los recuerda. “Todo pretérito corre el riesgo de ser representado por una imagen que no corresponde a la realidad ya protagonizada” (Nieto, 2006, p. 84). De alguna manera cada uno recuerda un acontecimiento dependiendo del rol que jugó, o cómo le fue transferida la información.

Otro de los temas a tomar en cuenta al hablar de la memoria es la identidad y cómo estos perduran. ¿Por qué recordamos lo que recordamos? ¿Qué es lo que determina qué cosas son dignas de recordar y cuáles se olvidarán? Como seres humanos tenemos claro que no es posible recordar absolutamente todo lo que hemos vivido, se podría tratar de una cuestión de relevancia, qué tanto impacto tienen ciertos acontecimientos en nuestra individualidad y en lo social que son dignos de recordar o, por el contrario, qué tan irrelevante tiene que ser algo para poder ser olvidado.

Narración y autobiografía

La narración de sí mismo restituye una identidad para ofrecer una imagen del yo. Es la memoria la que construye el acontecimiento pasado, el cual representa una analogía de lo vivido, un instrumento de construcción de identidad del yo. En un relato autobiográfico, el yo es construido por el texto, la experiencia es subjetiva. Si bien es cierto que el narrador determina qué quiere contarnos, ese repertorio procede de la memoria, es decir, la imagen que se reclama de sí mismo se hace a través de la reconstrucción de su historia de vida.

La perspectiva de la narración en la autobiografía es de un yo que narra; esta acción de narrar se da en el nivel del intercambio social, es una fuente de información sobre un sujeto y un objeto del mundo. La pretensión de quien relata su propia historia de vida es identificarse como un actor dentro de un acontecimiento, y ese es un acto de reconocimiento de la imagen social frente a otros.

Cuando leemos una autobiografía sabemos que el relato que se nos cuenta trata de la vida de una persona escrita por ella misma. Por lo tanto, el rasgo que comparten todas las autobiografías es mostrarnos las vivencias o experiencias de vida que exclusivamente el autobiógrafo nos puede contar y que radica en un hecho íntimo o privado.



El estudio autobiográfico aparece cuando un sujeto que habla de sí mismo construye un texto. Muchos autores, entre ellos Pozuelo (2006), nos hablan de la complejidad de este género debido a las relaciones fronterizas que se establecen. Hay algunos autores que consideran este género “no ficcional” y otros consideran que hay una “ficcionalización intrínseca” que toda escritura narrativa tiene (Pozuelo, 2006, p. 17)

Pozuelo (2006) asegura que la situación fronteriza no es una discusión reciente, esta idea se hace presente desde la creación de la novela moderna, desde *Lázaro de Tormes*, ya que esta novela se propone como una autobiografía. Y así inicia en el contexto literario un camino donde “la literatura querrá siempre jugar con el límite de la ficción/verdad, que quiere situar en el testimonio de un yo que defiende la verdad sobre sí mismo” (Pozuelo, 2006, p. 24)

La autobiografía como manifestación literaria tiene un “estatus de ficcionalidad” y una versión de la “realidad” debido a que esta manifestación literaria es construida desde la identidad de un sujeto que tiene su propia proyección a través de ese relato.

Pozuelo (2006) diría que este encuentro conflictivo de diferentes territorios ha provocado que la autobiografía sea un fenómeno donde se involucran distintas perspectivas, y se le tome no solo en una disposición histórica o literaria, sino también en otros estudios como el psicológico, sociológico, entre otros.

Existen dos corrientes críticas o dos interpretaciones acerca del problema autobiográfico:

1) Se cree que toda narración de un yo es una ficcionalización inseparable en la construcción de la identidad. Esta postura del carácter ficcional de la autobiografía y que quiere extender que toda literatura es una forma autobiográfica la sostienen desde Nietzsche hasta Derrida, entre otros, es decir, “toda autobiografía es una literaturización” (Pozuelo, 2006, p. 24).

2) Por otro lado, otros autores se resisten a considerar que toda autobiografía sea una ficción. A pesar de tener ciertos procedimientos de la construcción novelística, no son novelas, sino un discurso que afirma una especificidad histórica, que propone testimonios verídicos utilizados como base documental.

La autobiografía como género tiene su importancia en la medida en que “se plantea el problema de la constitución de la idea del sujeto y su construcción lingüística” (Pozuelo,



2006, p. 31). El yo es construido por un texto, el cual es auténticamente referencial. Cuando el sujeto se autoconstituye narrativamente de algún modo se autorretrata e intenta atrapar una realidad suspendida de sí mismo. Siguiendo a Pozuelo (2006):

El centro y punto crucial del debate en torno a la autobiografía se encuentra planteado así: ¿existe la posibilidad de discriminar cuándo el yo, sujeto de la enunciación y del enunciado, es una persona real y cuándo es simplemente un *personaje*, es decir, es fingido e imita el acto de enunciación real? Quien habla ¿es una persona real? (p. 26)

Son varios los caminos que tiene la autobiografía como la dirección de los estudios culturales, terreno que es importante en la teoría del género autobiográfico debido a sus contribuciones de índole cultural y social. Este criterio nos ayuda a dar cuenta de los procesos de desarrollo y cambio histórico de un lugar o de un momento que a partir de un discurso autobiográfico podemos observar. Esos fenómenos que contribuyen a reflejar determinadas circunstancias, como es el caso de la biografía de Salvador Novo.

Sergio Ortega (2008) nos aclara de dónde proviene el género autobiográfico, cuyo origen es de índole social:

Es a principios del siglo XIX cuando surge el concepto “historia de vida” desde un punto de vista científico. La historia de vida se organiza y sustenta originalmente alrededor de la biografía, la autobiografía, el testimonio y las memorias, es decir, cualquier forma escrita que tenga como fundamento una acción experiencial en el seno de una comunidad. Por tanto, los documentos de vida son las bases de datos para el estudio científico de la sociedad y de la cultura (p. 60).

Otro de los asuntos que se plantean en la autobiografía es que, en el relato retrospectivo de la vida de alguien, existe una visión unificadora del tema de la autoidentidad que se adapta en un texto canónico. Observemos lo que nos dice con respecto a ello Ortega (2008):

La autobiografía pertenece a la acción escrita, es decir es un producto de la acción de contarse a sí mismo algo relevante —una experiencia de su propia existencia—, en primera instancia, y que se considera de importancia para ser conocido por otros. Está constituida por un relato personal. Es producto de

una acción deliberada: el relato es pensado, meditado, registrado y corregido hasta lograr una comunicación explícita de lo que se quiere decir con quien será su lector. Por lo general se conserva de manera escrita, aunque hoy puede ser preservada por medios electrónicos (p. 64).

En este trabajo exploramos la cuestión de la memoria, la identidad que también Lejeune (1994) plantea como una sustancial orientación de estudios de la autobiografía que parte de la “construcción del yo”. Este interés está sustentado en *Trilogía de la memoria* de Sergio de Pitol (2007), particularmente en *El arte de la fuga*, autobiografía en la que observamos el tema la construcción identitaria de un sujeto, esa imagen que se reclama de sí mismo y el sentido de pertenencia, que hace a través de la reconstrucción de su historia de vida y nos cuenta desde la memoria:

A partir de cierta edad toda modificación que uno descubre en el entorno adquiere un carácter de agravio, una dolorosa mutilación personal. Como si con el cambio realizado alguien nos hiciera un guiño macabro, y esa renovación de un aviso de cigarrillos rubios se convirtiera, al igual que la muerte de Beatriz Viterbo, en un inesperado *memento mori*, un anuncio de nuestra futura e inevitable muerte (Pitol, 2007, p. 68).

Una forma de abordar la identidad es hablando del yo. Para hacer una breve referencia tomaremos a Bruner (1998). Dicho autor nos habla de dos modalidades de pensamiento: narrativo y paradigmático. Bruner (1998) sostiene que las narraciones nos sirven para dar cuenta de la identidad, la cual es un yo que se disfraza para tener cierta personalidad y distinguirse de los demás.

La modalidad del pensamiento narrativo se ocupa de las acciones humanas y también de las intenciones tratando de situar la experiencia en un determinado tiempo-espacio. Este pensamiento le otorga sentido a nuestra experiencia cotidiana o incluso apela a nuestra memoria.

La narración es un modo de conocer que se ubica en las intenciones humanas y donde también entran en juego las evaluaciones de esos seres humanos sobre sí mismos. Bruner asegura que tenemos una predisposición al pensamiento narrativo que surge de la interacción desde niños con las acciones y expresiones de las personas que se forman en los contextos donde nos desarrollamos.



Esta reflexión sobre la construcción de la identidad pertenece a una experiencia que puede transformar la imagen o la visión que el sujeto reclama de sí mismo, es una dimensión individual de la experiencia y la construcción social de su papel como persona.

El individuo se construye cuando se asume como una persona con características diferentes, poseedora de esas características en un momento específico y delimitado. A partir del siglo XVIII, según Pozuelo (2006), “la narración de sí mismo, se convierte en un fenómeno de salvación personal frente a sí mismo y a los otros, se restituye el pasado como modo de conjurar la fugacidad y restauración de la vida perdida” (p. 32).

En *Trilogía de la memoria*, Pitol buscó su autoconstrucción en el mundo que le tocó vivir; nos advierte de sus condiciones individuales, culturales y sociales. ¿Dónde se sustenta su identidad? El conflicto de la obra es sobre quién es. Primero en la búsqueda de su linaje se modifica su autoimagen:

Releo los materiales del libro en que me afano. Pretende ser un registro de pasos, la historia de una educación aún no concluida, y descubro rezagos de esnobismo de los que creía haberme liberado. Entre otros, la tendencia a citar lecturas visiblemente prestigiosas. No se trata de inventarlas ni de falsificarlas, para nada me interesa aparecer como un lector que no soy; sólo que he excluido otras más plebeyas o, digamos más normales, y que han sido en mi vida tremendamente importantes (Pitol, 2007, p. 248)

El contexto o el hacer social de una persona necesita una base que aumente su capital simbólico, aquel que le permita la movilidad social. Sobre la identidad individual se articulan, amplían y desarrollan las concepciones de la dimensión en los valores culturales en un medio social determinado. Las condiciones culturales y sociales alientan a Pitol en su sentido de no pertenencia. Él se encuentra en la periferia y desde ahí participa, lo refleja tanto en su postura personal como en su quehacer literario, es un escritor que no va a competir con los escritores del canon mexicano, donde se formó, ya que se reconoce como un escritor al que le cuesta institucionalizarse.

Me he resistido, desde siempre, a consumir los libros impuestos por la moda. Mi mapa de lecturas se ha ido trazando un poco al azar, por destino, temperamento y mucho por hedonismo. Me fascinan los excéntricos. He frecuentado desde hace más de cuarenta años la novelas de Ronald Firbank,



cuando en la misma Inglaterra su público era casi invisible; también las novelas esotéricas de H. Myers, a las que sólo se ha acercado un minúsculo puñado de fieles. Escribí sobre Flann O'Brien cuando *At-Swim-Two-Birds* debía contar apenas con unas cuantas docenas de lectores, todos dispuestos a morir por ese libro excepcional (Pitol, 2007, 248).

El problema de la construcción de la identidad constituye una preocupación compleja y abarcadora que forma parte de los estudios de la psicología, la filosofía, la sociología, la historia. Aaron Gurevich (1997) dice que es “una investigación de la formación del yo humano, de la personalidad, dentro de un núcleo colectivo y al mismo tiempo la toma de conciencia de la distancia en relación con él, que se evidencia en la dirección tomada hacia la interioridad” (p. 18).

Por otro lado, Ricardo Téllez-Girón (2001) dice que la identidad no es estática, se transforma a través de los intercambios sociales: “Se encuentra en una constante definición a partir de las relaciones que mantienen los miembros de un grupo que se autoidentifica y que al mismo tiempo es identificado por otros con los que interactúa” (p. 9).

Como una acotación, lo anterior lo podemos ver en Monterroso en *Los buscadores de oro* (1993), cuando sale del consulado guatemalteco con su pasaporte nuevo y reflexiona cómo ese documento le confiere una identidad y la posibilidad de cruzar fronteras. Monterroso, al igual que Pitol, se desplaza de manera continua en el tema de la identidad y del grupo que lo identifica. Incluso en ese mismo pasaje nos cuenta que Rulfo le cuestionaba su identidad diciéndole que debía portar el pasaporte mexicano y no guatemalteco.

Es importante mencionar para este estudio, siguiendo las ideas de Téllez-Girón (2001), la diferencia que existe entre la cultura y la identidad. Los dos términos se relacionan ya que tienen en común determinados rasgos. Sin embargo, las diferencias son que la cultura es una producción material y espiritual de los conglomerados humanos que se desarrolla a partir de procesos no conscientes. La identidad tiene que ver con patrones de pertenencia, son construcciones conscientes, elaboradas a partir de situaciones reales. Por lo tanto, podemos decir que el proceso de generación de la identidad puede modificar la cultura de un grupo y transformarla.

En *El arte de la fuga*, Pitol hizo un autorretrato de sus experiencias literarias, viajes, música, ciudades; ficcionaliza su experiencia para revelar en la escritura una práctica



literaria. Pitol borra la frontera entre ficción y verdad, entre escritura y existencia donde convergen autor, narrador y personaje. Es decir, la autobiografía de un yo que cuando se refiere a sí mismo significa el otro.

Una característica de su obra es mostrarnos su estancia en ciertos lugares; nos provee de información específica acerca de sus prácticas de lectura y escritura. Pitol crea una brecha entre lo íntimo y lo privado, y decide mostrarnos únicamente su ambiente privado, sin llegar al exceso de la intimidad. En la distancia temporal que crea Pitol, donde reconstruye lo vivido y su experiencia, lo contado es desde el recuerdo, así que en lo que es contado existen alteraciones, ya que lo vivido nunca se recaptura en su totalidad.

Este movimiento constante en el tiempo provoca la dualidad a la que Pozuelo (2006) llama “dimensión fronteriza”, contraposición constante entre sujeto/objeto, privado/público, factual/ficcional; se presenta un testimonio o simplemente una invención de un hecho donde se firma un “pacto autobiográfico”, un contrato entre el escritor y lector que se efectúa siempre y cuando uno cuente la verdad de su vida y el otro la crea.

Pitol, desaparece

En *El arte de la fuga* la narración tiene una serie de rasgos que le dan características de manifestación literaria. Encontramos acontecimientos donde Pitol hace de su persona un personaje, lleno de travesías y una pasión por la invención, en un principio un imitador originalísimo que poblado de lecturas reflexiona sobre su propio ejercicio literario, nos transmite su manera de cruzar el tiempo, un ejercicio que no solo es tema de su escritura, sino es tema de su vida, el viejo que no se atrevería a vivir como el joven que fue, un explorador que se detiene en las voces de otros.

Evocar esa época no me hace pensar que “vivía yo otra vida”, como por lo general se dice, sino más bien que la persona a quien me refiero no era del todo yo mismo; se trataba, en todo caso, de un joven mexicano que compartía conmigo el mismo nombre y algunos hábitos y manías (p. 32).

Es testigo de aquello que se guarda para la posteridad y construye una identidad a partir de lo que fue. A través del relato se autofragmenta, para dejar de existir, y luego se reconstruye para ser un solo ente. Nos revela las dificultades de mantener una sola identidad dentro de una sociedad de exclusiones. La vida autobiográfica se basa en el discurso del



sujeto dentro del texto al buscar las diferencias esenciales entre el cuerpo, la mente y las maneras de conocer el mundo. Es un relato autorreferencial donde el viaje, la lucha personal y la confesión son asuntos que parten de lo cotidiano. Quien narra no es inocente al elegir lo que quiere contar.

Regresando a Pozuelo (2006), considera la identidad como un estatuto dual, es decir, la construcción de esta se encuentra en el límite entre la invención y la relación de un hecho que se presenta y testimonia como real. De nueva cuenta, en un relato autobiográfico, el yo es construido por el texto, la experiencia es subjetiva. Y si bien es cierto que el narrador determina qué quiere contarnos, ese repertorio procede de la memoria.

Se despliega la existencia y para invocarla recurre, en primera instancia, a la temporalidad, donde el punto inicial es imaginario. Recorre la vida e intenta repetirla: hace de la experiencia común una trayectoria. Es el afecto el que vincula lugares y momentos para configurar el espacio autobiográfico:

Me resulta difícil escribir. Se me traba la mano sólo al recordar que hubo un tiempo en que vivir era algo cercano a ser un buen salvaje y reconocer, sin rencor, que la sociedad, las oficinas, las convenciones, terminaron por lograr su cometido (Pitol, 2007, p. 33).

Leonor Arfuch (2013), en *Memoria y autobiografía*, dice que el espacio autobiográfico comienza desde la casa. En el lugar donde habitamos se alojan imágenes extáticas que forman parte de nuestra memoria y definen el territorio de nuestros itinerarios memorísticos. El espacio tiene su carga poética y dramática, porque define los movimientos y el ser de los habitantes (Arfuch, 2013, p. 28).

Nuevamente se construye una dicotomía casa/calle. Ambos espacios representan lo íntimo y lo privado; Pitol elige la calle, el exterior para mostrarla como un personaje que le ofrece cataclismos existenciales. Nos muestra la ciudad como el espacio donde se deja “la huella de los pasos al andar”. Es su evocación de los pasos de otro tiempo:

La primera vez, repito, vi la ciudad a ciegas, se me aparecía en fragmentos, surgía y desaparecía, me mostraba proporciones incorrectas y colores alterados. Con los años he rectificado esa visión, cada vez más portentosa, cada vez más irreal. De algún modo mi viaje por el mundo, mi vida entera ha

tenido ese mismo carácter (...). Me he soñado viajero en esa fantástica nave de los locos pintada por Memling (Pitol, 2007, p. 42).

El viaje es un movimiento que tiene genealogías, la ciudad guarda la esencia entre lo que permanece y cambia. Como dice Ricoeur, “esa otredad constitutiva del sí mismo”. La ciudad como autobiografía supone una temporalidad pasado-presente, donde se teje una identidad social y afectiva que configura la propia experiencia. Por tanto, forma un espacio entre lo que se habita físicamente y lo que habita la memoria.

Vuelvo a México a mediados de 1962, el regreso a mis viejos hábitos y lugares me entusiasman. Sin embargo, hago todo lo posible para regresar a Italia. No tengo empleo fijo; me defiendo con una pedacería de trabajos que hago en casa. Después de la entera libertad que conocí en Roma me resulta intolerable la idea de volver a una oficina (Pitol, 2007, p. 54)

Al recordar se recuerda una imagen y la afección que provoca esa imagen, el contexto espacial donde se recuerda una escena feliz, una escena de otro tiempo. El rescate del espacio está lejos de ser una evocación erudita o exótica; se convierte más bien en los “sitios sensibles del camino” que rescata la memoria (Arfuch, 2013, p. 34). Pitol, como Monterroso y Bernard Behan, entre otros, hacen un trabajo de interioridad sin deslindarse de la ficción.

El aspecto autobiográfico no solo nos lleva al relato personal cronológico, sino que es la mirada sobre lo otro, la mirada de su propia otredad y el diálogo que sostiene con la experiencia. Es el caminante vuelto narrador que se encuentra con su propio personaje, cuyo momento cotidiano es trazado imaginariamente por un autor que detalla las voces que lo detienen en terrenos reales, convertidos en recuerdos imaginados.

En la primavera de 1966 estuve unos días en Italia. Al pasar frente a la librería la encontré cerrada; es más, inexistente. Habían desaparecido las vitrinas a ambos lados de la puerta que mostraban día y noche las últimas novedades editoriales. El rótulo con el nombre de la librería había desaparecido. Sentí la herida del tiempo, su malignidad, como una intensidad terrible. Aquella desaparición era un modo de castigar la inmensa felicidad del joven que un día apareció por allí, hurgó un poco en las estanterías y salió a la calle con *Orlando el furioso* (Pitol, 2007, p. 69)

La representación de *sí mismo* a través de instancias metafóricas, alegorías, alusiones son formas que transforman la realidad y la envuelven a través de la memoria. El yo es delineado en el encuentro con lo otro, prometiendo otorgar una identidad sellada por el nombre (Arfuch, 2013, p. 39). La referencia está en la frontera entre realidad y ficción. *El arte de la fuga*, *Los buscadores de oro* (1993) de Augusto Monterroso (1993) y *Mi Nueva York* (2012) de Brendan Behan son un claro ejemplo del juego de las “dimensiones fronterizas”. Los tres autores constituyen un relato a partir del juego entre lo presente y lo pasado, el sueño y la vigilia, su yo creado por la memoria:

La memoria trabaja con la misma lógica oblicua y rebelde de los sueños. Hurga en los pozos ocultos y de ellos extrae visiones que, a diferencia de las de los sueños, son casi siempre placenteras. La memoria puede, a voluntad de su poseedor, teñirse de nostalgia, y la nostalgia solo por excepción produce monstruos. La nostalgia vive de las galas de un pasado confrontado a un presente carente de atractivos. Su figura ideal es el oxímoron: convoca incidentes contradictorios, los entrevera, llega a sumarlos, ordena desordenadamente el caos (Pitol, 2007, p. 73).

En *Trilogía de la memoria* la narración tiene una serie de rasgos que le dan características de manifestación literaria. Encontramos acontecimientos donde Pitol hace de su persona un personaje lleno de travesías, de pasión por la invención, en un principio un imitador originalísimo que poblado de lecturas reflexiona sobre su propio escritura literaria, nos transmite su manera de cruzar el tiempo, un ejercicio que no solo es tema de su escritura, sino es tema de su vida, el viejo que no se atrevería a vivir como el joven que fue, un explorador que se detiene en las voces de otros.

Se despliega la existencia y para invocar recurre en primera instancia a la temporalidad. El punto inicial es imaginario y recorre la vida, intenta repetirla, hace de la experiencia común una trayectoria. Es el afecto el que vincula lugares y momentos para configurar el espacio autobiográfico.

Conclusiones

Con esto podemos concluir que en la autobiografía, lo narrado es un acontecimiento fabricado de acuerdo con la perspectiva de quien nos cuenta los acontecimientos que les parecen memorables, ya que la memoria cambia en las relaciones. Es un acto verosímil mas no verdadero, que adquiere sentido a través de las vivencias presentadas que resultan relevantes.

Al preguntarse Pitol quién es, nos va a contar una historia sobre la huella de lo que le sucedió, las cosas que olió, observó, escuchó, experimentó y sintió. Todo ello marcado por las personas que participaron en su vida.

Lo que Pitol hace es construir mediante recuerdos de su infancia el presente que le corresponde vivir y se fragmenta para construir su identidad. Siempre está en la dualidad: un mundo de ficción construido por otro más definido, el de las cosas reales.

En *El arte de la fuga*, parte del libro *Trilogía de la memoria*, Pitol hace un autorretrato de sus experiencias literarias, viajes, música, ciudades; ficcionaliza su experiencia para revelar en la escritura una práctica literaria.

Futuras líneas de investigación

Acercarse a la escritura de Sergio Pitol es navegar por el camino de una escritura memorística. La obra es reflejo de lo que entendemos como escritura posmoderna. En este trabajo no deseamos aclarar dicha afirmación, más bien queremos dejar claro que la escritura de Pitol, como toda obra contundente, requiere reflexiones desde distintas ópticas. Las reflexiones anteriores sobre la memoria es una de ellas. Reflexionar la obra de Pitol en conjunción con los trabajos ya realizados por otros investigadores contribuirá a la comprensión más amplia del escritor, pero sobre todo nos daremos cuenta del universo posmoderno y que como tal es intertextual e interdiscursivo.

Abordar un análisis desde la posmodernidad de la obra de Pitol es el camino que podría concretarse, pero no solamente desde la visión de este autor, sino de otros autores “similares a él” que han dado al universo del discurso narrativo literario una de las obras más originales de la escritura. Abordar el mismo discurso desde una perspectiva narratológica



podría darnos un poco más de luz para entender cómo se construyen narrativas que dan significación y existencia a entender un poco más el mundo.

Referencias

- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ballesteros, S. (1999). Memoria humana: investigación y teoría. *Psicothema*, 11(4) 705-723.
- Behan, B. (2012). *Mi Nueva York*. Barcelona, España: Marbot Ediciones.
- Bruner, J. (1998). *Realidad mental y mundo posibles*. Barcelona: Gedisa.
- Brunes, J. (2006). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aire: FCE.
- Camarero, J. (2004). *Metaliteratura: estructuras formales literarias*. Barcelona, España: Anthropos Editorial.
- Gurevich, A. (1997). *Los orígenes del individualismo europeo*. Barcelona, España: Crítica.
- Kohan, S. A. (2002). *Escribir sobre uno mismo*. Barcelona, España: Alba Editorial.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico*. Madrid, España: Megazul-Endymion.
- Méndez, J. (2008). Memoria individual y memoria colectiva: Paúl Ricoeur. *Ágora*, 11(22), 121-130.
- Mendoza, J. (2004). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. *Athenea Digital*, (6), 1-16.
- Monterroso, A. (1993). *Los buscadores de oro*. Barcelona, España: Anagrama.
- Muller, F. y Bermejo, F. (2013). Las fuentes de la memoria colectiva: los recuerdos vividos e históricos. *Revista de Psicología*, 31(2), 247-264.
- Nieto, J. (2006). El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos. *Reflexión Política*, 8(15), 80-92.
- Ortega, S. (2008). El discurso autobiográfico. En Gutiérrez, R. y Sankey, M. del R. (coord.^{as}), *El discurso autobiográfico: de la interacción a la literatura*. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Pitol, S. (2007). *Trilogía de la memoria*. Barcelona, España: Anagrama.
- Pozuelo, J. M. (2006). *De la autobiografía*. Barcelona, España: Crítica.
- Téllez-Girón, R. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión identitaria*. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



Rol de Contribución	Autor (es)
Conceptualización	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Metodología	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Software	No aplica
Validación	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Análisis Formal	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Investigación	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Recursos	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Curación de datos	No aplica
Escritura - Preparación del borrador original	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Escritura - Revisión y edición	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Visualización	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Supervisión	“Igual” Guillermo Carrera García, Anayetzy Yuriria Marín Espinoza
Administración de Proyectos	No aplica
Adquisición de fondos	No aplica.